

Emilio Liaño

El mal también es personal

El mal también es personal

Emilio Liaño

© Santander, 2026. Emilio Liaño

Edición personal

Diseño de la portada: Juan Porta

Depósito legal: SA 327-2026

Las versiones digitales de esta obra, junto a otras obras del autor, están disponibles en **www.filosofarhoy.es**.

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra, sea cual sea el medio, sin la aprobación por escrito del titular de los derechos.

Índice

Resumen.....	3
Introducción.....	3
1. El carácter personal del mal en la Revelación cristiana..	4
2. El reconocimiento del mal	8
3. El carácter personal del bien	13
4. La visión de nuestros enemigos	18
5. Conclusiones	23

El mal también es personal

Resumen

En este artículo se estudia el carácter personal del mal desde la óptica de la Revelación cristiana y algunas consecuencias que de ella se derivan.

Introducción

El mal ya fue investigado en un artículo anterior, haciendo ver que es posible una interpretación metafísica del mismo donde el mal no se entiende solo como una mera ausencia de bien¹.

¹ Ver el artículo “El problema metafísico del mal” que se puede encontrar en www.filosofarhoy.es.

En este artículo queremos profundizar en el mal, a partir de la Revelación cristiana que permite entender el carácter personal del mal.

1. El carácter personal del mal en la Revelación cristiana

En la Revelación cristiana, que el mal sea personal es un dato que se introduce justo en el primer libro de la Biblia, en los primeros capítulos.

Antes del primer pecado, el mal es presentado a nuestros primeros padres como el árbol del bien y del mal, cuyos frutos no podían ser comidos sin ofender gravemente a Dios². En sí, el árbol del bien y del mal no contiene ningún elemento personal y solo supone para Adán y Eva una prohibición que resaltaba porque todo el resto de actividades sí que estaban permitidas. Podían hacer cualquier cosa excepto comer del árbol del bien y del mal.

Para nuestros primeros padres, el cumplimiento de esta orden era fácil de cumplir porque su vida se desarrollaba en lo que no estaba prohibido. La aceptación de la orden divina

² Cfr. Gen 2, 16-17.

por nuestros primeros padres fue ingenua en cuanto que no tenían nada por lo que oponerse a quien les había creado. De seguirse este modo de proceder, probablemente nunca hubieran caído en el pecado, porque no tenían ningún motivo para atender al árbol prohibido cuando todo lo demás les llenaba sin necesidad de hacer o experimentar alguna otra cosa más.

Esta situación cambió, sin embargo, muy al principio de su vivir terrenal. El cambio no tuvo su origen en una transformación del árbol del bien y del mal, sino en la aparición de un personaje extraño, en cuanto que no era humano, pero podía dialogar con nuestros primeros padres. Esta criatura, la serpiente, es la que puso el árbol del bien y del mal en el foco de atención de nuestros primeros padres³.

Por tanto, aunque la realidad del mal era ya un hecho desde casi el inicio de la creación, su consideración fue posterior, cuando un ser extraño se los presentó de modo atractivo. Entonces, es cuando nuestros primeros padres empezaron a hacer caso a esta prohibición, dándole una atención que hasta ese momento ni siquiera se lo habían planteado.

³ Cfr. Gen 3, 1-5.

Sabemos que esta nueva atención sobre el árbol del bien y del mal originó en ellos una concupiscencia⁴, es decir, apareció en ellos un deseo por ese fruto porque lo juzgaron apetecible. Desde el mandato divino, el fruto prohibido no les causó el más mínimo perjuicio, puesto que sus vidas estaban satisfechas con el resto de los árboles. Fue necesaria la serpiente para que se les abrieran los ojos a la “bondad” del fruto prohibido.

Este ser extraño que nos hizo conocer el atractivo del mal, no es descrito mayormente en este libro, pero es identificado con el demonio, o criatura angélica que se opuso a Dios en un combate anterior a la creación del hombre del cual hay una revelación en el *Apocalipsis*⁵. Por otra parte, los Evangelios hablan con cierta frecuencia de los demonios como criaturas espirituales (espíritus inmundos) que se oponen a la acción salvífica de Jesús.

Jesús denomina al demonio con diversos nombres como son el de ‘padre de la mentira’⁶, ‘el príncipe de este mun-

⁴ Cfr. Gen 3, 6.

⁵ Cfr. Ap 12, 7-9. En este texto se identifica a la ‘serpiente antigua’ con el Diablo o Satanás.

⁶ Cfr. Jn 8, 44.

do'⁷, 'el Maligno'⁸, 'las tinieblas'⁹ y otros, también con nombres propios como pueden ser el de Satanás¹⁰ o el de Belcebú¹¹.

En nuestro caso, queremos señalar que el carácter personal de nuestro enemigo originario ya viene presentado en la primera tentación de nuestros primeros padres, precisamente al dirigirse a ellos con la palabra, algo que luego es confirmado en innumerables pasajes de la Escritura.

Desde una mirada superficial, podríamos pensar que el mal era solamente la realización de una acción prohibida y, sin embargo, el mal, como vemos en la Revelación, va acompañada por la tentación que es ejercida por alguien. El apóstol Santiago nos previno al decirnos que nadie se engañase, que Dios no tienta a nadie¹². Santiago añade que nos tientan

⁷ Cfr. Jn 12, 31.

⁸ Cfr. Mt 13, 19; Mt 13, 38; Jn 17, 15.

⁹ Cfr. Lc 22, 53.

¹⁰ Cfr. Mt 4, 10; Mt 12, 26; Mc 3, 23-26; Mc 4, 35; Mc 8, 33, donde Jesús le identifica con Pedro; Lc 10, 18; Lc 18, 18.

¹¹ Cfr. Mt 12-24; Mt 12, 24, en este caso es el nombre que usan los fariseos; Mc 3, 22, ahora es llamado así por los escribas; Lc 18, 18-19, donde Jesús hace referencia a que algunos le llamaban a Él con ese nombre.

¹² Cfr. St 2, 13.

nuestras propias concupiscencias¹³, pero estas se despiertan ya sea por actores externos como comprobamos en tantas ocasiones, ya sea por actores internos.

Queremos destacar este aspecto personal del mal que se pierde cuando nos centramos en su consideración como la realización de un acto prohibido. Esto, hasta donde hemos llegado, podría parecer algo demasiado banal para el espacio que le hemos dedicado en este apartado. En el siguiente apartado expondremos su interés frente al reconocimiento del mal en la propia vida.

2. El reconocimiento del mal

Hemos dicho anteriormente que el mal tiene una vertiente personal que aparece en la Revelación cristiana al requerir de un tentador que empujase a la criatura a cometer el mal.

También recordamos que esta consideración del mal se hace desde la fe. Para hablar del mal, realmente no hace falta la fe, puesto que la experiencia del dolor y del sufrimiento, experiencias universales para todos los hombres, permite

¹³ Cfr. St 2, 14.

hablar del mal sin la necesidad de requerir ningún tipo de fe. Ahora bien, sin la fe, lo que no es tan evidente, es que el mal también sea personal. Sin la fe, el mal remite solo a una mala acción y a las consecuencias que se deriven de dicha acción. La Revelación aporta la presencia de un tentador que incita a realizar el mal. La fe es necesaria para adherirse a dicha verdad.

Con esto queremos decir que nuestra experiencia primera del mal se remite exclusivamente a la acción, tal como se pueda observar tanto desde la fe como desde la no fe. Sin embargo, para conocer mejor el mal hace falta la fe que nos permite descubrir el papel primordial del tentador en el mal.

En la Revelación cristiana tenemos un código del bien y del mal que es detallado en la ley de Moisés¹⁴, o también conocida como la ley de los diez mandamientos. En dicha tradición, la detección del mal es bastante sencilla en cuanto que uno puede comparar las acciones con dichos mandatos. Si robo, el mandamiento “No robarás” me dice que el acto que he cometido es malo, y yo puedo reconocer que ese acto ofende a Dios en cuanto que me ha pedido que no obre

¹⁴ Cfr. Dt 5, 1-22.

contra la ley que Él mismo nos ha dado. También es posible que uno sienta un cierto dolor o malestar cuando obra una mala acción, que nos indique que algo no está bien con esa acción que hemos hecho, pero esto no tiene por qué darse siempre.

En cualquier caso, la realización del mal la podemos describir normalmente de manera objetiva de tal modo que el mal parece así totalmente aclarado. Desde nuestra posición, sin embargo, no nos parece que el mal quede así suficientemente desnudado. Algo que también debe ser tenido en cuenta, es el aspecto de la tentación que siempre se da previamente a la acción mala, aunque nos pueda parecer a veces que no sea así. La tentación del pecado de nuestros primeros padres es un elemento que siempre acompaña al mal.

De hecho, este es uno de los estados desde el cual podemos partir cuando realizamos el mal. ¿En qué consiste este estado? En que pensemos que el acto malo que realizamos es algo que solo ha dependido de nuestra voluntad. Es decir, que el mal tenga tanto arraigo en nuestra vida que lo identifiquemos como una obra exclusivamente nuestra. Esto es una consecuencia del pecado, de la oscuridad que acompaña

la realización del mal, que tiende a convertir el mal como algo intrínsecamente propio de nuestro yo.

Podríamos decir, que para volver por el camino del bien bastaría con dejar de hacer esas malas acciones y, sin embargo, eso no es tan fácil. Por supuesto que hay que dejar de hacer el mal, pero también hay que descubrir las consecuencias de esas acciones que todavía permanecen en nuestra alma.

¿Y qué pasa si tratamos de salir de esas malas acciones? Que empezamos a descubrir nuevamente que esos actos no son solo el ejercicio de mi pura libertad, sino que nos son propuestos desde el exterior. Un avance en la lucha contra el mal es darse cuenta de que este siempre nos es ofrecido. El mal no es solo la realización de un acto malo, sino la adhesión a una propuesta que contraviene lo que Dios quiere para nosotros. Un paso superador del mal es descubrir que este no es una propuesta natural en nuestro yo, como si fuera una cosa más de nuestra vida. El mal se nos ha presentado y nos ha seducido, y en su aceptación, entonces nosotros lo hacemos una parte de nuestro yo. Salir del mal es, ante todo no hacerlo, pero también separarse de ese mal en un segundo paso y reconocerlo como distinto a nuestro yo.

¿Y esto es suficiente para erradicar el mal? No, porque posteriormente se puede descubrir que detrás de la tentación hay un tentador, alguien que está interesado en que nosotros obremos mal. Reconocer al tentador, no es solo ver que hay algo detrás de las tentaciones, sino que ese algo tiene una voluntad y una capacidad para conseguir sus propósitos. En este momento podemos darnos cuenta de que ese alguien tentador es la serpiente del *Génesis*, o lo que normalmente llamamos demonio. Cuando vamos advirtiendo el carácter personal de nuestro enemigo, entonces nos es más evidente que el mal siempre nos es presentado por medio de tentaciones, y que estas tentaciones pueden ser más intensas o menos.

La batalla para vencer el mal es gradual, porque no se trata solo de no hacer el mal. El pecado, una vez que ha entrado en nuestra vida, se adueña de ella, y en parte lo hace a través del oscurecimiento del alma que tiende a calibrar el mal como algo más natural y cercano, mientras que el bien le parece algo más difícil y menos atractivo.

La pregunta, ahora, podría ser: ¿Cómo podemos dar esos pasos que nos permiten salir del mal? Para dar estos pasos tenemos que cambiar la dirección de nuestra mirada.

3. El carácter personal del bien

Que el cristiano tiene una batalla contra el mal, es algo bastante explícito en el Evangelio¹⁵. Que tenemos un enemigo que siembra de dificultades nuestro camino en el mundo¹⁶, tampoco debiera ser una sorpresa. Pero, algo que debemos tener claro en esta batalla es que el vencimiento del mal no se hace por medio de un encaramiento contra nuestro enemigo. Ciertamente hay que oponerse al mal, sobre todo cuando nos incita a obrar el pecado, pero de esta manera no adelantamos en nuestro camino para salir de las garras en las que nos encierra.

Efectivamente, el cristiano no está llamado primeramente a oponerse al mal, sino a hacer el bien. El mal no se ilumina desde el mal, sino desde el bien. Que tengamos que luchar contra el mal es una realidad que no podemos evitar en cuanto que somos tentados por un enemigo, y nosotros no podemos impedir ser tentados¹⁷. Las tentaciones siempre captan nuestra atención, porque normalmente se apoyan en

¹⁵ Cfr. Mt 10, 34-36; Lc 12, 51-53; Lc 21, 12-13.

¹⁶ Cfr. Mt 13, 19; Mt 13, 24-30; Mt 13, 37-39; Mc 4, 15; Lc 8, 12; Lc 11, 24-26; Jn 15, 18-21.

¹⁷ Además de que el tentador también elige los campos en los que nos quiere ofrecer la batalla.

debilidades nuestras que percibimos entonces como atracciones. En estos casos, no tenemos más remedio que tomar una resolución, ya sea aceptar ese pecado y dejarnos llevar por quien nos atrae, ya sea rechazar esa propuesta maligna que nos permite mantenernos en el bien. En este segundo caso, es claro que hemos vencido, pero esta victoria es solo sobre esa tentación, y no nos hace avanzar en nuestro camino frente al mal. Desde luego, no empeoramos si rechazamos la tentación, pero la vida cristiana no es tanto no hacer el mal, sino sobre todo hacer el bien.

Obrar cristianamente es vivir cara al bien que se nos ha sido regalado a través de la Revelación. Resistir la tentación es también necesario en cuanto que no somos nosotros los que nos tentamos a nosotros mismos y, por tanto, no está en nuestra mano decidir cuando venga a nosotros la tentación. Pero la orientación de nuestra vida, lo que nosotros queremos para nosotros mismos, no es tanto evitar lo que nos pueda empujar al abismo, sino buscar el bien y tratar de acrecentarlo en nuestra vida. Nuestro objetivo vital debería ser hacer más y más el bien. Ya es una victoria importante de nuestro enemigo el que incline nuestra vida hacia cosas distintas al bien como puede ser la propia complacencia, o las cosas que nos “realizan” aunque puedan parecernos que

se tratan de cosas neutras, que están fuera de la valoración del bien y del mal.

La realización del bien es lo que debe llenar la vida de alguien que pretenda ser cristiano. Ahora bien, ¿ser cristiano es entonces hacer cosas buenas? La respuesta positiva no deja de ser una actitud semejante a la que denunciarnos cuando dijimos que hacer el mal sea cometer malos actos. Que haya que hacer obras buenas es tan obvio, como que hay que evitar el pecado, pero ahí no se queda la Revelación cristiana.

¿Y qué nos dice la Revelación? Que hay un plano superior al bien, que es lo que nos ha venido a traer Cristo. San Pablo nos propone que hay una ley de la gracia que es superior a la ley de las obras¹⁸. Sería una equivocación pensar que la ley de las obras sea un mal que se haya de evitar. De ninguna manera. Las obras de las que nos habla San Pablo son buenas, ahí no se está refiriendo al pecado¹⁹. De hecho, realmente la maldad solo se añade (a esas obras) cuando ponemos nuestra confianza en las obras y nos cerramos a la ley de la gracia que Cristo ha venido a traernos por medio de la Encarnación. Ciertamente, si nos cerramos en nuestras

¹⁸ Cfr. Rom 7, 1-6.

¹⁹ Cfr. Rom 7, 7-13.

obras, aunque sean buenas, nos oponemos a la venida de Cristo, y esas obras las convertimos en enemigas de Dios.

La realización del bien es insuficiente en el cristianismo si solo nos quedamos en ese nivel. ¿A qué nos invita la Revelación cristiana? A adentrarnos en el Misterio a través de la fe. ¿Qué implica la fe? Por supuesto, creer en Aquel que se nos revela tal como se muestra. En la práctica, ¿esto qué significa? Dejar que Dios se nos manifieste permitiéndonos conocer su rostro. Avanzar en la vida cristiana no es hacer más y más cosas buenas, aunque estas sean obras piadosas o la realización de sacramentos. Lo que hacemos, sea lo que sea, está en el plano de las obras, y Dios ha venido a la tierra para llevarnos más allá de nuestras obras, por muy geniales que estas sean.

La aceptación de la Revelación cristiana es adoptar la fe como el camino por el que queremos transitar nuestra vida terrena. ¿Y qué es lo que nos abre esa Revelación? Pues el rostro de Dios y, en concreto, a través del rostro de Cristo. ¿Qué es vivir en la fe cristiana? Es acercarse al Hombre-Dios de tal forma que su rostro se nos revele de forma personal. Realmente, ¿Qué gracia hay mayor que poder ver a Dios? Y, ¿cómo podemos ver a Dios? Simplemente creyendo que

Dios mismo se nos manifiesta cuando nosotros le dejamos hacerlo.

No podemos pensar que hacer buenas obras sea malo, porque esto no es así pero, al mismo tiempo, debemos aceptar que la Revelación del rostro de Dios es algo que no se puede obtener por las obras, por muy buenas que sean estas, porque no hay proporción entre esas obras nuestras y el don que implica poder ver a Dios. Entonces, ¿Dónde está el misterio que nos permite acceder a ese rostro de Dios? En reconocer la gratuidad de lo que Dios nos quiere dar, que ha sido algo que ha ganado el mismo Dios para nosotros por medio de su muerte en la Cruz.

El camino hacia el rostro de Dios, hacia su corazón, no es difícil ni complicado, salvo todas las trabas que nos ponga nuestro enemigo. El camino está abierto en la Revelación si esta se lee con sencillez. La comprensión de esta Revelación, incluso, tampoco es difícil, si aceptamos la ayuda del Espíritu Santo. Aquí lo importante es tener la suficiente humildad para hacer más caso al Espíritu Santo que a nosotros mismos. Entonces, lo que leemos en la Biblia, las cosas que nos dicen los que quieren ayudarnos, van adquiriendo la forma de camino que nos lleva a Dios.

¿Y qué pasa cuando vamos descubriendo el rostro de Dios que tiene su capacidad amante hacia nosotros? Que el mal también se nos va destacando en su forma personal, de tal manera que ya no solo vemos el mal, sino que además vemos al que se opone a nuestro camino hacia Dios, y lo percibimos claramente como distinto a nosotros, aunque tantas veces nos haya tentado desde nuestro interior. El mal se desvela en sus raíces desde el camino de fe que se dirige hacia Dios. Ahí toda nuestra vida, y la de los demás, adquiere el sentido que explica nuestra realidad.

Lo primero no es el mal, por mucho que nos achuche, lo primero es nuestro propósito de ponernos en camino hacia Dios, hacia su Amor, por medio de la fe y la confianza en todo lo que nos ha dado y nos da para llegar a buen término.

4. La visión de nuestros enemigos

La visión personal del mal, también nos puede ayudar a la hora de valorar a nuestros enemigos. Ciertamente, la Biblia es muy clara en que tenemos que amar a nuestro enemigos²⁰. Esta es una verdad que Dios ha dicho con tanta fuerza

²⁰ Cfr. Mt 5, 43-48; Lc 6, 27-36.

que nadie puede ponerla en duda. Esto es así, pero luego, cuando recibimos el mal por medio de otros, esa comprensión cristiana se vuelve muy cuesta arriba.

Es más, esta dificultad puede encontrar tal calibre en nuestras almas que distorsionamos la afrenta recibida hasta el punto de juzgar a nuestros enemigos como enemigos de Dios. Por ello puede ocurrir que queramos el mal para algunas personas, no tanto porque nos han hecho mal, sino porque son enemigos de Dios. Desde nuestro punto de vista ofuscado, los enemigos de Dios sí que son dignos de nuestro odio. Es más, un grado más en este último caso sería pensar que odiar a esos enemigos de Dios sea lo mejor que podamos hacer, es decir, que se trate de una obra santa.

Sin embargo, en la Biblia no encontramos un solo apoyo que nos permita decir que es santo odiar a los enemigos de Dios. Tal vez pudiéramos pensar que al demonio se le pueda odiar, pero es que ni siquiera hace falta porque es mejor ignorarle. En cuanto a los hombres, la Revelación no admite que les odiamos por mucho mal que hagan a Dios. Ahí está el ejemplo que nos ha querido dejar Jesús de buscar la salvación de Judas en el mismo momento que este le estaba

entregando a la muerte²¹. Dios ha venido a salvar a los hombres, y no solo a muchos, o a los mejores, sino a todos los hombres sin excepción. Su Sacrificio ha sido suficiente para cualquiera que haya habitado esta tierra, no importa en qué momento, con tal de que haya aceptado este Sacrificio.

Desde el carácter personal del mal, debemos descubrir que nuestro mal no es algo propio, sino que nos es presentado y nosotros a veces lo realizamos. El mal, primeramente, no es nuestro, sino de nuestro enemigo que nos quiere forzar a introducirlo en nuestra vida. El ejercicio del mal es luego lo que llena de oscuridad nuestra vida y nos empuja a hacerlo cada vez más propio. De hecho, el demonio no tiene tanto el objetivo de que hagamos el mal, sino que busca que nos adhiramos a él y que odiamos a Dios. Por ello, los caminos del mal pueden ser tremendos y totalmente ininteligibles para quienes no han llegado a esos niveles de maldad.

Salir de los caminos del mal, nos permite ver que el mal es ajeno a nosotros, aunque nosotros lo hayamos aceptado en muchas ocasiones. Por ello, el mal siempre se revela exterior y ofrecido por nuestro enemigo desde el momento en que nos pongamos en camino hacia Dios. Desde luego, la

²¹ Cfr. Lc 22, 47-48; Mt 26, 49-50.

aceptación del mal siempre es posible, incluso hasta el punto de que lleguemos a amarlo. Siendo esto verdad, nos separamos del mal en el mismo instante en el que nos volvamos a Dios. Eso sí, lo que no desaparece inmediatamente es la fuerte inclinación hacia al mal que ha sido fruto de nuestro mal obrar. Esa inclinación, debilidad, requiere tiempo para ser purgada y limpiada hasta que desaparezca su influencia en nuestra vida.

Si somos conscientes de que el mal no nos lo hemos dado a nosotros mismos, aceptemos también que esto ocurre con todo el resto de la humanidad. En todos los hombres, el mal procede del exterior de ellos mismos. Incluso, si llegan a odiar a Dios, y obran en contra de Él, sus obras no las alabaremos, y nos opondremos a esas obras, pero ello no debiera ser una razón para poder odiar a esas personas. Odiar a alguien es muy grave, porque Dios ha dado Su Vida también por esa persona. De alguna manera, cuando odiamos a alguien, ponemos a Dios en la tesitura de tener que elegir entre esa persona y nosotros, algo que Dios no quiere porque nos ama a los dos. No creo que sea muy difícil llegar a darse cuenta de que si Dios tiene que elegir entre dos personas (porque nosotros se lo exijamos), elegirá al que no odie, porque lo que le ha movido a crearnos y a redimirnos,

ha sido el amor. El amor es lo que mueve a Dios cuando obra *ad extra*.

Si vemos que alguien ofende gravemente a Dios, y su forma de actuar nos parece intolerable, lo que debemos hacer es distinguir la ofensa de su persona, rechazar la ofensa y no la persona. Por la persona hemos de rezar, ayudarla si podemos para sacarla del mal, pero no tratar de destruirla²². Este es el camino que abre la fe donde la Revelación dice que Dios es amor, y que no odia a ninguna de sus criaturas. Ciertamente, hay algunas criaturas que ya no pueden volverse atrás en los actos que eligieron, pero de estas no debemos ocuparnos, o hacerlo solo lo mínimo indispensable. Del resto, solo deben encontrar apoyo por nuestra parte, más apoyo cuanto peor sea su obrar porque entonces es que posiblemente estén muy necesitados. En estos casos, debemos evitar que a sus malas obras, además se añada nuestro rechazo a ellos²³. Rezar por nuestros enemigos es entonces lo mejor que podemos hacer por ellos y por nosotros mismos.

²²Cfr. 2 Tes 3, 13-15.

²³ Cfr. Rom 12, 17-21.

5. Conclusiones

El mal admite muchos niveles de comprensión, desde el más simple que es simplemente hacer un acto malo. La fe amplía la visión del mal al permitir descubrir en su origen del mal una criatura, el demonio, que es el responsable último de todo el mal que hacemos.

Nuestro progreso en la fe nos permite primero separarnos del mal, el cual pasa a ser algo a lo que podemos adherirnos o no. En un paso posterior, podemos descubrir al agente que nos tienta con el mal, que es una criatura espiritual de acuerdo a lo que la Biblia nos enseña.

Hemos dicho que toda esta discriminación del mal no se gana en pensar sobre el mal, ni siquiera en luchar por combatirlo, aunque también haga falta ese esfuerzo. La iluminación del mal se hace desde la fe, cuando tratamos de acercarnos al Dios que ha venido a nosotros.

La visión personal del mal permite también ampliar el alcance del mal, que de primeras se centra en la realización de actos contra los mandamientos de Dios. El mal, ahora, consiste en la adhesión a la criatura que nos propone el mal. Por ello, el demonio no solo quiere que pequemos, sino que lleguemos a amar el pecado, y también que lleguemos a

odiar a Dios. Todo esto lo intenta a través de un medio que ya no aparece en el decálogo, y es que centremos nuestras vidas en nosotros mismos, es decir, que nos volquemos en nuestros egoísmos²⁴. De esta manera nos va seduciendo en el camino del mal.

La fe nos dice, por otro lado, que el poder del demonio es limitado y siempre está sujeto al poder de Dios. La salvación de Dios al hombre es sobreabundante y no hay mal que podamos cometer, ni por cantidad ni por gravedad, que nos aleje definitivamente de Dios, siempre y cuando apelemos a Su misericordia.

²⁴ Cfr. 1 Cor 11, 24. De manera positiva, Jesús da la ley del amor. Cfr. Mt 22, 37-39; Mc 12, 29-31; Jn 15, 12-13.

